

Luis Jochamowitz

Ciudadano Fujimori



MEMORIA PERÚ

 Planeta

Ciudadano Fujimori

Luis Jochamowitz

Ciudadano Fujimori

Índice

Prólogo a la edición 2018	9
Introducción	15
 I. Recuerdos (1899-1938)	 19
Partir de viaje	21
Antípodas	26
El sastre Minami	31
El ratón del campo	36
Japoneses en los veinte	40
Interludio en Kumamoto	44
El ratón de la ciudad	49
La prehistoria en Huacho	54
 II. Infancia y guerra (1938-1951)	 57
El nacimiento de Alberto	59
Historias secretas	62
Rumor de guerra	69
Mudanzas y negocios	75
Un día después de Pearl Harbor	78
Avenida Grau 526, interior 4	86
Manuel Prado sale de viaje	89
Primeras impresiones	96
La máquina de hacer trampas	100
La calle y el colegio	113
La edad de la razón	121

III. El escolar (1952-1956)	129
Espíritu ugartino	131
Fujimori Fujimori, Alberto	136
<i>Matinée</i>	140
«Quien estudia triunfa»	143
El secreto del saber	149
Fuji	154
El serrano que triunfó	161
 IV. El universitario (1957-1961)	 167
1957	169
Florería Fujimori	173
La Molina	182
El grupo alfabético	187
Horarios	192
 V. El profesor de Matemáticas (1962-1974)	 197
El nacimiento de un pragmático	199
Media carrera	208
Revolución	211
Susana	218
La utilidad de los terremotos	224
 VI. El político (1977-1989)	 227
Julio temprano	229
La traición	234
El cruce del desierto	237
Albaneses en el chifa	240
Construcciones Fuji	245
El periódico bajo el brazo	249
En silencio y desde atrás	253
Reuniones en el sótano	256
Fujimori 84	261
Fujistas y antifujistas	267

VII. El candidato (1988-1990)	273
«Japoneses de verdad»	275
Noche de brujas en Bélgica	277
La fábrica de bolitas blancas	281
La cola de los candidatos	285
El mentor o «made in Japan»	290
Aspirante a senador	294
Un hombre orquesta	268
El método Deming	303
Chinos de risa	309
Peces fuera del agua	315
 VIII. El poder	 321
La cueva del dragón	323
Relaciones difíciles	332
La tesis del inca japonés	344
 Cronología	 363
Currículo académico	367
Documentos	369
Bibliografía	377

Prólogo a la edición del 2018

Este libro se planeó y escribió principalmente en 1991. Ahora, en 2018, se vuelve a publicar sin mayores cambios. No tiene sentido hacer ampliaciones y correcciones en un libro que fue escrito en el impulso de un determinado momento. En ese tiempo no sabíamos nada acerca de Alberto Fujimori. Representaba algo totalmente nuevo y sentíamos la urgencia de llenar un vacío. Con ese ánimo se escribió este libro, con la idea de que seguir la historia era el camino más seguro para llegar al presente.

Las pasiones políticas, que en el fondo son bajas pasiones, nublan la visión. Este libro se detiene cuando Alberto Fujimori alcanza el poder; pero su personaje político me ha seguido, nos ha seguido, durante casi treinta años. Mis impresiones han ido cambiando o afirmándose a lo largo del tiempo; y siempre he estado en el lado contrario. Sus deméritos y delitos no me ocultan, sin embargo, que se trata de la personalidad política más interesante de las últimas tres décadas. Haciendo cuentas sin ira, encuentro que es un gran trabajador, más aun, es industrioso. Parece ser más bien austero, aunque quizá lo sea de puro desabrido. Tiene una inteligencia clara y ordenada, en un tiempo fue muy versátil y rápido, ha sido clarividente a veces, aunque en otras ocasiones su juicio ha resultado desastroso. Con todo, es más de lo que se puede decir de la mayoría de sus rivales. No carece, por otro lado, de valor político; su determinación de tomar grandes decisiones la compensa con una ambición absoluta que a él mismo le habría sorprendido en otra época.

En la otra columna habría que comenzar por señalar que su integridad moral quedó comprometida por delitos económicos y de sangre, por interpósita persona. El indulto político traficado por Pedro Pablo Kuczynski no borra lo ocurrido, ni desaparece lo que sabemos y recordamos. Pero, más allá de la eterna lucha de posiciones, habría que decir que Alberto Fujimori es natural e instintivamente dictatorial; es decir, desdeña a los demás, a la manera del miembro de una minoría; pero también y, sobre todo, de la mayoría de un país autoritario que se desprecia a sí mismo. Este es un rasgo fatal para el gobernante de una república que carece pavorosamente de líderes. Su extrañeza cultural, su falta de vínculos con la historia —una idea repetida pero que es una completa ficción, ya que su historia personal es inseparable de la del Perú de la primera mitad del siglo XX—, pudo haber parecido una ventaja al principio; pero terminó siendo un vacío, una mera superficie que se llenaba de actualidad y de ruido, no más profunda que una imagen de televisión. Mezcló oportunismo con realismo; lo que llamaba pragmatismo allanaba el terreno común hasta convertirlo en un páramo. No es que hubiera demasiado que salvar en casi doscientos años de república, pero tampoco estábamos para comenzar otra vez.

Eso nos deja frente a la falla capital de su legado: ¿qué llevó a Alberto Fujimori a sellar una alianza, la única duradera, con Vladimiro Montesinos? ¿Por qué unió su destino a los sectores más oscuros y retardatorios que tenía a la mano? Nada lo obligaba a tomar ese camino, pudo elegir entre los mejores, pero eligió lo peor. El punto es tan importante y llamativo que refleja asuntos de fondo, de carácter y de personalidad. Arriesgo una hipótesis: Alberto Fujimori realizó una adaptación sorprendentemente eficaz al país elegido por sus padres. El impulso y la imagen que proyectó en 1990 —su año estelar— le debe mucho a una psicología o estado de alerta que se alimentaba de los códigos culturales de la familia y de la calle. Una adaptación muy bien lograda, pero que tenía una carencia: solo se interesaba en potenciar la productividad, como diría Deming; no tenía verdadera empatía, ni sentido ético y humano del mundo en que había cre-

cido y que se disponía a gobernar. En ese preciso momento, apareció Vladimiro Montesinos y su promesa de infinita corrupción y trampa. Montesinos tuvo la habilidad de encontrar y cultivar esa fisura que le daba acceso a un Fujimori profundo, sin las ataduras de los códigos; precisamente en el momento en que parecía que todo era posible. El encuentro, que ponía en evidencia la falla original de esa adaptación o educación, tuvo consecuencias enormes que seguimos procesando. Fujimori remodeló el Perú posterior a Velasco, pero dejó en su obra las inconsistencias y contradicciones de su propia historia.

Luis Jochamowitz
Chorrillos, enero de 2018

Imaginemos un país literario.

ALBERTO FUJIMORI
en una ceremonia castrense, el 9/7/92

Introducción

Los años desconocidos de Alberto Fujimori Fujimori han permanecido en el limbo de la imaginación del público. Apenas algunas nociones alimentan una imagen que es pura actualidad. Un hombre sin raíces, sin pasado, surgido esencialmente de la nada, entre los escombros de su tiempo. El providencialismo de la reelección presidencial lo imagina llamado por la genialidad, o por el azar, identificado necesariamente con la realidad, para existir sin plazo en el presente.

Desde el principio fue desconcertante. Irrumpió en el escenario político de un modo inesperado y repentino, como un caso espontáneo y sin antecedentes que resultaba difícil de comprender. Rápidamente se formaron las primeras imágenes funcionales a su carrera. Lo poco que sabemos de él lo ha dicho él mismo. Es verdad que desde esa súbita aparición han pasado algunos años, y ahora todos tenemos más criterios para juzgar, pero la información es demasiado reciente y solo cubre un breve período.

Al tratar de reconstruir esa vida, ha sido imposible dejar de percibir que pesaba sobre ella un embargo selectivo. Libre de ataduras, amante de los secretos, su edad oscura le ha proporcionado los mejores ingredientes para el sello de una imagen masiva. Allí quedan el hijo de los inmigrantes, el estudiante de alto rendimiento, el matemático, el ingeniero *nisei*, el educador. Para obtener versiones menos ingenuas de esa persona, había que buscar a quienes lo conocieron en otros tiempos. A partir de 1952, existen abundantes testigos de

diversos momentos y lugares. Antes ha sido posible seguirlo por documentos legales y referencias escritas, además de algunos comentarios autobiográficos. Habría sido de gran valor incluir entre los entrevistados una fuente familiar, pero esto no fue posible. Al parecer existe en proyecto una historia oficial. Lo más significativo es que el mismo personaje ha declarado que escribe unas memorias: “Es un trabajo descriptivo, reflexivo, y que sin duda alguna puede servir de elemento de la historia. Me gusta buscar y rebuscar adjetivos precisos para cada concepto” (*La República*, 6/1/91).

Respecto al embargo oficial del pasado, lamentablemente hay que señalar aquí el de la Dirección del Archivo General de la Nación, que no permitió la libre disposición de documentos previamente catalogados y públicos. Es una infracción que avergüenza a su mejor personal, pero también es un hecho que debe constar.

Sin los recuerdos de una veintena o algo más de personas, sería imposible volver a los años y las décadas en las que Alberto Fujimori era un completo desconocido. Los entrevistados no son, desde luego, todos o los únicos testigos posibles. He buscado un grupo significativo, disperso en el tiempo, pero es evidente que es solo una fracción de un conjunto mucho más amplio. Debo agradecer su disposición para compartir conmigo su propio pasado. Algunos de ellos han terminado siendo protagonistas involuntarios y episódicos de esta historia. Espero haber sido fiel a sus recuerdos y haberlos narrado tal como me los confiaron.

Para la lejana aldea de Kawachi, resultó invalorable la colaboración de Hisao Minami, hijo mayor de Shigeyoshi Minami, el único hermano vivo de Naoichi Fujimori, padre de Alberto Fujimori. Gracias a él y a Takamichi Araki, de la prefectura de Kumamoto, este relato pudo cruzar el mar. Para hacerme una idea de sus años en la primaria del Cercado de Lima, debo agradecer a Clotilde Andía Carnero, actual directora del colegio República de Bolivia; igualmente a Roberto Salmón Rodríguez y a Francisco Uechi, quienes, en distintas circunstancias, lo trataron a esa temprana edad. La secundaria en el Alfonso Ugarte proporcionó abundantes testimonios.

El presidente de la promoción 1956, Nemesio Chiang, facilitó cordialmente el acceso al grupo de exalumnos que se reúne cada sábado en una cancha de fulbito en el barrio de Breña. Fue escuchando sus relatos que imaginé por primera vez el hilo de esta historia. Entrevistas posteriores a Antonio Páucar Carbajal, César Polo Solís, Ricardo Hurtado Pomalaza, Augusto Montes, Héctor Palomino, Jorge Barsallo Guerrero y Jorge Barrionuevo, proporcionaron, en suma, cierta idea de una adolescencia remota.

El paso del protagonista por la Universidad de La Molina cubre más de 30 años. Sobre esa amplia franja he conversado con Manuel Forero Vargas, Jacques Franco, Humberto Gamonal, José Luis Krumdieck, Juan Cruzado, Felícita Chang Say, Alejandro Días Padilla, Ornar Vargas, Víctor Malpartida. Algunos de ellos documentaron también la campaña electoral, junto con Jorge Nakamura Hinostroza, Jorge Figueroa y Víctor Honma Saito. Ricardo Letts Colmenares y Carlos Amat y León fueron muy valiosos para ilustrar el campus político de La Molina. Otros testigos contaron su parte a condición de no ser identificados. Así ha sido.

Es difícil observar con equilibrio a alguien que aún no desaparece de la escena y que, por el contrario, siente que su papel apenas ha comenzado. Hay una dificultad política. Siempre he tratado de ceñirme a la información disponible, aunque era imposible permanecer neutral. Confío, en cambio, en que el lector encuentre en estas páginas un acercamiento razonable sobre el personaje en cuestión. Tal acercamiento no excluye la simpatía ante algunos avatares de su aventura, ni la información de sus métodos y procedimientos, ni la alarma ante los peligros que acechan en el tiempo.

Se trata, es cierto, de una trayectoria asombrosa. Un lento y, sin embargo, espectacular ascenso, que va desde el casi cautiverio hasta la Presidencia de la República. Es una auténtica historia de sueño americano, el más generoso de todos, sin frontera entre imaginación y realidad. Hay momentos simbólicos pero, en general, es una existencia anónima y nada ruidosa, una experiencia contemporánea hecha de instantáneas rutinarias, como la de todo hombre común.

Y, no obstante, sigue siendo muy extraño. A partir de la marejada electoral de 1990, todos conocemos su historia, que en cierta forma es la nuestra. Otro tanto sucede con el pasado, solo que se nos olvida.

Luis Jochamowitz

I. RECUERDOS

(1899-1938)

Hubiera debido pensar que se llama antiguo régimen aquello de lo que solo se ha podido conocer el final; así, lo que percibimos en el horizonte adquiere una grandeza misteriosa y nos parece cerrarse sobre un mundo que ya no veremos más; mientras tanto avanzamos, y muy pronto somos nosotros los que estamos en el horizonte para las generaciones siguientes; mientras tanto el horizonte retrocede, y el mundo, que parecía terminado, vuelve a empezar.

MARCEL PROUST

Partir de viaje

En los días previos a las elecciones de 1990, la gente de los mercados, donde él aparecía de improviso, le dio un nombre antes de identificar su apellido: «el chinito». Lo mismo que muchos artistas de la televisión, fue primero su personaje. «Me he hecho popular con él —comentó en una ocasión, como si hablara de otra persona—, incluso lo utilizo en mis discursos» (*La Segunda de Chile*, reproducido en *El Universal*, 7/7/91). Con los años, el personaje creció y se complejizó. Su imagen, casi hierática al principio, comenzó a moverse y a cobrar vida, tomó presencia, se transformó en alguien que ingresa cada noche a las casas. ¿Es posible recordar aún al hombre que irrumpió en la escena pública hacia mediados de marzo de 1990? Era un ingeniero *nisei* que hablaba de «honradez, tecnología y trabajo». Él sabía proyectar estereotipos positivos que afloraban naturalmente, sostenía una relación fácil y risueña con la multitud, se mostraba ingenuo y seguro ante las cámaras. Al principio fue solo un rostro; luego, un nombre. El primer trazo de su imagen fueron sus rasgos orientales y un sonido eufónico de cuatro sílabas: Fujimori.

En ese tiempo era tan nuevo que parecía improvisado. ¿Dónde estuvo antes? Algunos reporteros recuerdan que a mediados de marzo de 1990, en las vísperas de la primera vuelta electoral, el candidato mencionó más de una vez —aunque siempre brevemente— la historia de su familia en el Perú. En esos días actuaba poseído por un instinto infalible y su posición en las encuestas crecía a razón de dos por ciento cada veinticuatro horas. Una herejía se estaba convirtiendo, minuto a

minuto, en una realidad abrumadora. Tarde por las noches, después de jornadas muy intensas, el candidato aún tenía tiempo para responder a todas las preguntas que unas semanas atrás nadie le hacía. Con el pelo húmedo del recién bañado y junto a una taza de té caliente, recibía en su casa a los reporteros de los tabloides populares, los primeros que se interesaron por su historia familiar y otros rasgos personales.

Así surgió la primera referencia conocida de los Fujimori en el Perú. Sucintamente, era un caso habitual en la trayectoria individual y familiar de la colectividad de inmigrantes japoneses: infancia y juventud de pobreza en la primera generación, boda y éxodo hacia la nueva tierra, años de trabajo y privaciones, formación de la familia, educación de los hijos y, finalmente, el éxito y la holgura.

Cuando ganó la elección, este menudo asunto quedó postergado ante el alud de emergencias que él debía afrontar desde su nuevo puesto. Pero no permaneció olvidado del todo, y reapareció en la agenda diplomática, a través de una especial relación con Japón. Diecinueve días después de ser electo presidente, realizó un rápido viaje a Tokyo, con escala en Nueva York. Durante esa primera gira solo se discutió de finanzas, pero la última mañana de los cuatro días que duró la visita fue destinada a una excursión de valor sentimental. Temprano se trasladó a la tierra de sus padres, en Kyūshū, la isla del sur; almorzó con sus parientes y luego habló ante la aldea reunida. Fue un día de emociones fuertes para él y para muchas personas. En la víspera se había entrevistado durante veinte minutos con el emperador Akihito en el Salón de Bambú del Palacio Imperial. Acaso la solemnidad del momento o el protocolo lo inquietaron: «No se preocupe —habría dicho el emperador—, en este salón hasta los reyes empalidecen. Pero yo soy como su hermano mayor» (*Página Libre*, 3/7/90).

El fenómeno sorprendió también a los japoneses que, desde un principio, le prestaron su atención. El diario *Yomiuri Shimbun* (11/6/90), con un tiraje de 13 millones de ejemplares, dio la noticia de su triunfo en la primera plana y a ocho columnas. La visita a Tokyo

fue seguida con gran interés por la prensa y la televisión; se informó toda clase de detalles menores, por ejemplo, que en el avión había comido platos japoneses tradicionales y bebido *sake*, que agradeció diciendo *oishi* (delicioso); por los audífonos había escuchado música de la popular intérprete Hibari Misoro. Unas declaraciones de su tío materno cayeron en gracia, pues venían a demostrar al gran público que el personaje era idéntico, aunque no igual a ellos: la primera vez que Kenya visitó Japón, en 1972, olvidaba quitarse los zapatos cada vez que entraba a la casa. «¿Pero qué haces, mi Kenya?...», rezongaba entonces el tío Inamoto (*La República*, 12/6/90).

Su presencia en Japón desató una «batalla de sentimientos». Los cables de las agencias de prensa mencionaron que el fenómeno Fujimori venía a alterar súbitamente el *kimochi*, un sentimiento japonés de equilibrio y armonía. De un lado había cierto orgullo y curiosidad, pero la irrupción inesperada despertaba también sentimientos encontrados. Un lector, en carta al *Yomiuri*, llamó «traidores ingratos» a los que se marcharon. Se mencionó «el resentimiento y los celos» de los que se quedaron frente a los que se fueron (EFE, 1/7/90). Se especuló sobre el éxito de los japoneses en ultramar, sobre la combinación poderosa de la ética del trabajo con las posibilidades ilimitadas de Occidente. Para los japoneses era halagadora la noticia que llegaba de un lejano país de América del Sur, pero también les planteaba un dilema: ¿se debía ayudar al Perú, que no pagaba sus deudas y tenía las cuentas en rojo? Tantos cabos sueltos daban mucho que comentar. Hasta se habló de una «moda Fujimori» (EFE, 2/7/90), aunque solo fuera un tema de conversación en los bares, después del trabajo.

La rápida gira al sur, a la aldea natal de sus padres, se planeó para el final de la visita. Existía, sin embargo, un inconveniente: durante tres días había llovido a torrentes en la región de Kumamoto; la prefectura reportó catorce muertos. Parecía el peor momento para llegar, pero en la mañana del día fijado dejó de llover y salió el sol.

De Kumamoto a Kawachi hay treinta minutos de camino. Los realizó en un convertible negro, escoltado por motocicletas en

formación paralela. Parecía estar consciente de vivir un momento mágico: el aire fresco de la mañana, la verde campiña de Kyūshū, las hileras de niños sonrientes que agitaban banderitas del Perú y Japón hechas de papel cometa. Cuando la comitiva recorría las calles del pueblo, todas las campanas sonaron a la vez. La gente rodeó el automóvil y Fujimori se puso de pie instintivamente. «Me sorprendió mucho la reacción —comentó después—, fue como si estuviera nuevamente en campaña. Estaba emocionado» (UPI, 4/7/90).

Lo primero que hizo fue dirigirse a la casa de su tío Tomiya Inamoto, donde asistió a una breve ceremonia ante el altar de los familiares. Más tarde almorzó con sus primos y tíos, y sembró un árbol traído del Perú en un prado desde donde, según se dijo, su padre solía mirar hacia el mar. El último acto de las tres horas que duró la escala en Kawachi fue la reunión en el gimnasio, donde lo esperaba toda la aldea reunida. El alcalde de Kawachi-machi, Shinji Shimadzu, un industrioso político del PLD que aprovechaba las circunstancias para publicitar su pequeña jurisdicción, le dio la bienvenida y lo nombró hijo predilecto de la aldea.

Fujimori necesitó de un traductor; mencionó a su padre y habló de la aventura de la migración. Retomando una antigua idea de principios de siglo, trató de explicar al auditorio que existía cierta «relación ancestral» entre el imperio de los incas y el imperio japonés, los dos grandes imperios del sol: «La gente inca es sencilla, trabaja muy duro y tiene una profunda identificación con la tierra. La tierra —dijo— es algo sagrado en los dos países» (UPI, 5/7/90). Mencionó una curiosidad arqueológica que venía a corroborar esa extraña pero efectiva relación: los asombrados cultivadores de mandarinas de Kawachi se enteraron de que, al otro lado del mar, en Nasca, Perú, existen las ruinas precolombinas de Cahuachi.

Trataba de unir los dos extremos para así dar término, simbólicamente, al viaje que emprendiera su padre: «Pienso que hoy su alma está retornando por el mismo lado del Pacífico» (*La República*, 5/7/90). No era la primera vez que ese hombre fallecido en 1972

era aludido en los últimos tiempos. Había salido a relucir, por ejemplo, en el fragor de la campaña electoral, cuando el senador Enrique Chirinos Soto reprochó al candidato ser «un peruano de primera generación» (UPI, 12/4/90), y cuando el general Francisco Morales Bermúdez planteó sus reparos ante un presidente electo que no tenía «huesos enterrados en el Perú» (*Expreso*, 22/6/90).

Ese día, en el gimnasio de Kawachi, Alberto Fujimori relató un sueño que había tenido durante alguna de las agitadas madrugadas de la campaña: su padre se le había aparecido, vestía de blanco y lo miraba en silencio. Para el auditorio japonés el color blanco es señal de luto. Tal vez para él también significó lo mismo en su infancia, pero hasta el simbolismo de los colores había cambiado luego. Su trabajosa identidad de peruano comenzaba con ese hombre silencioso vestido de blanco, que hacía muchos años había partido de Kawachi hacia un lugar llamado Perú. El retorno triunfal del hijo cerraba el círculo. A partir de ese momento, él iniciaba su propio viaje.

Del gimnasio, la comitiva se dirigió directamente al aeropuerto de Kumamoto. «Tengo la impresión de haber hecho este viaje por mi padre» (*Expreso*, 5/7/90), comentó a un periodista. El avión esperaba en la pista con los motores encendidos, el cielo se había vuelto a cerrar.